

# ¿Ayer llovía?

Gloria Cenobio Rodríguez

## I

Ayer llovía. Yo lo miré y lo respiré diferente. Salí del cuarto, peregriné por los rincones, no sé, me sentí vencida. Tal vez él así se siente mejor, pensando que me tiene atrapada. No le dije nada, no grité, no le escupí rencor, dejé que me montara; ahí estaba, respirándome y olvidándome en un rincón, luego viene y dice que me quiere.

Sé que esto lo hace porque ocupo su espacio, dice que yo no le he dado tiempo para crear y respirar, que yo soy la causa de su odio. Se ha ido temprano. Me levanto a mirar las hormigas que avanzan por la ventana. No tengo hambre, me quedo sentada, escuchando a la mujer de al lado. Nunca la he visto, pero estoy segura de que es ella. Escucho sus pasos.

Quiero reconocirme, me siento extraña. Él abre la puerta, no lo escuché llegar. Cuando oigo sus pasos tengo miedo, siento que debo controlar mis pensamientos, no sé cómo actuar, intercambio con él apenas unas miradas. Me confundo, anoche llovía (recuerdo que nos golpeamos, que quedé tirada). Le pregunto: “¿Ayer llovió?”. Dice que sí, yo recuerdo que llovía y que nos pegábamos, eso es lo que recuerdo, que ayer llovía. No le digo nada, algo pasa, tal vez es un sueño. Hay en mí un escalofrío. Él dice que me quiere. Se sienta junto a mí y me abraza.

## II

Ayer salió, yo miraba por la ventana. Del edificio de al lado salió una mujer, traía un abrigo rojo y unas zapatillas negras. Escuché sus pasos. Algo le preguntó, los vi alejarse. Salí, caminé hasta la plaza. Me senté en una banca mirando el kiosco. Una mujer y su hijo se sentaron a mi lado, la mujer me dijo que le dolía todo su cuerpo, que la acababan de operar, y que su hijo la sacaba a tomar el sol por las mañanas, que le hacía bien el sol matutino. Me preguntó si venía sola, le dije que sí. El joven se mantuvo callado, observándome, la señora dijo que su hijo era diseñador. Yo no dije nada. Me despedí.

Él ha regresado. Levanto mi falda y miro el moretón, no sé cómo me lo hice. Voy por el café, le sirvo, me siento frente a él, miro sus manos, sus ojos, trato de encontrar algo que me diga por qué me siento extraña, ajena. Él me dice que está cansado, me pregunta si quiero ver una película y le digo que no, entonces él dice que hay unas muy buenas, entonces le digo que sí, que deberíamos de ir al cine y él dice que mejor luego, que está cansado, que iremos otro día.

La miro desde arriba, ahí viene, es la mujer de al lado, estoy segura. La mujer mira hacia mi ventana, me escondo, escucho sus tacones subir por la escalera, escucho cuando abre la puerta, es ella, vive al lado.



*Puntual de asfalto* (2006), Ciudad de México. Foto: Hirt Thomas.

### III

Me levanto temprano, dejo el café para él, camino hasta la plaza. La señora de la banca me saluda, me siento, ella saca un termo, me sirve té y me ofrece unas galletas. Dice que ya está vieja, que tiene dos hijas casadas, que su hijo está solo y no quiere morir, dejarlo así. Le digo que a lo mejor ya tiene novia y ella no lo sabe, ella se ríe y luego me pregunta si estoy sola, le digo que no. Y me pregunta: “¿Y tu marido cómo es?”. Y yo le digo que es trabajador, que todos los días regresa cansado. La mujer se ríe: “Sí, siempre están cansados —dice—. Así mi marido, ya los últimos años llegaba tomado, se desvestía y se dormía, ya hace dos años... Mi hijo me cuida, ay, no sé qué siento cuando lo veo. No, si uno siente que la vida es larga, pero mírame aquí, acabada. ¿Por qué no pasas luego a la casa? Vivo aquí enfrente, junto a la nevería, ahí estoy sola, pasa cuando gustes”. Le digo que sí, me despido, me voy a casa.

### IV

Él sale, yo abro la ventana para ver cuando se aleja, la mujer de al lado está en la esquina, trae el mismo abrigo, él voltea y se despide. Cierro la ventana, mi corazón está agitado, entro al cuarto, lo veo desordenado, no me reconozco en sus objetos, me da asco.

Salgo. Necesito caminar.

Camino por el parque, miro el kiosco, necesito escapar. Me siento en la banca de siempre, me detengo a pensar en qué he hecho de mi vida. Recuerdo cuando la tía Rosa se quedaba en la casa a peinarme, recuerdo que me compró unas sandalias y que comíamos manzanas con caramelo, recuerdo a los chicos de la cuadra con sus pantalones entubados, con sus tenis que tenían la lengua de los Rollingstones, y recuerdo que fumaban marihuana en la esquina, y que muchas veces me acerqué a fumar con ellos, pero nunca quise saber de sus vidas, recuerdo la casa de mi tía llena de gente, recuerdo que éramos tantos en esa casa que para almorzar comprábamos dos kilos de tortillas, un litro de aceite, recuerdo a Alberto, mataba pajaritos con su resortera, recuerdo el columpio que estaba en el pirul, recuerdo a las monjas que hacíamos desesperar los domingos, recuerdo las peleas de mi hermana a la salida de la escuela, recuerdo cuando en casa ponían a los Doors, recuerdo que Adela, llegando a mi casa, le decía a mi mamá que le traería mota para que la pusiera en alcohol para su dolor de pies, recuerdo cuando íbamos al chanti olin, recuerdo los días en que vivía con la Martha y no teníamos para comer, recuerdo el día en que me salí de casa para vivir contigo. Y me acuerdo que leí un libro de Joe Brainard, pero no me acuerdo cómo se llama.

Y ahora estoy lista, tengo que ir a casa, miro a mi alrededor, me levanto, camino buscando la sombra de las casas, subo las escaleras, preparo el café, guardo lo necesario y escucho sus pasos. Abre la puerta, entra, dice que está cansado, me pide pan, le digo que tengo que bajar a la tienda, él se sirve café.

Salgo, bajo las escaleras, me encuentro con la mujer de al lado, me mira esquivo, le digo: “Hola”, cruzo la calle, compro el pan, me detengo a mirar esa calle tan mía, y tan desconocida, cruzo, avanzo por el pasillo, subo las escaleras, entro, pongo el pan en la mesa. Dice que quiere salir pero que está cansado, pregunta qué hay para cenar, le digo que nada. Salimos al café. Él fuma, yo camino a su lado, me siento frente a él, lo miro con detenimiento. Me estoy despidiendo de su olor tan conocido, de sus manos, de su cara, de su poca risa.

En silencio.LC



Verde (2007), Bogotá. Foto: Caterina Viterbo.